

El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número veintidós

Jeff Pippenger

2026-01-02

Número veintidós

En el artículo anterior habíamos llegado a la mitad de las cuatro referencias al Israel antiguo como la generación de «víboras». En Mateo, tanto Juan como Jesús califican a los fariseos y saduceos como la generación de víboras. Juan representa el comienzo de un proceso de prueba que se hace evidente cuando enseñó que Jesús, quien vendría después de él, limpiaría a fondo su era. Jesús amplió el proceso de prueba de Juan al incluir el proceso de juicio, cuando mencionó a la reina de Sabá y a Nínive. El juicio tiene lugar en la cuarta generación, y un grupo en ese juicio se manifiesta como serpientes, porque su padre es el diablo. Jesús añadió el tema de que la cuarta generación buscaba una señal, cuando la señal estaba a la vista.

En Mateo veintitrés se exponen los “ayes” sobre los fariseos y saduceos, y el proceso de prueba y juicio vuelve a asociarse con la generación final. El capítulo veintidós prepara el contexto para los ayas del capítulo veintitrés.

Mientras los fariseos estaban reunidos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo?
¿De quién es hijo?

Le dicen: El Hijo de David.

Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?

Y nadie pudo responderle palabra, ni desde aquel día ninguno se atrevió a hacerle más preguntas. Mateo 22:41-46.

Cuando se cerró la puerta a cualquier otra interacción, Jesús expone entonces ocho ayas en el capítulo siguiente. En el versículo trece, el ay es por cerrar las puertas del reino de los cielos. Es desde las puertas del cielo que se derrama la lluvia tardía. Los ocho ayas se refieren a aquellos que profesan abrir la puerta que nadie puede abrir y cerrar la puerta que nadie puede cerrar. En visión, a la hermana White se le mostró a los que no siguieron a Cristo al Lugar Santísimo enviando sus oraciones al Lugar Santo vacío, donde Satanás, haciéndose pasar por Cristo, los llevó a creer que todo estaba bien. Habían vuelto a abrir el Lugar Santo y cerrado el Lugar Santísimo.

Muchos miran con horror la conducta de los judíos al rechazar y crucificar a Cristo; y al leer la historia de su vergonzoso maltrato, piensan que lo aman y que no lo habrían negado como lo hizo Pedro, ni lo habrían crucificado como lo hicieron los judíos. Pero Dios, que lee los corazones de todos, ha puesto a prueba ese amor por Jesús que profesaban sentir. Todo el cielo contempló con el más profundo interés la recepción del primer mensaje angélico. Pero muchos

que profesaban amar a Jesús, y que derramaban lágrimas al leer la historia de la cruz, se burlaron de las buenas nuevas de su venida. En lugar de recibir el mensaje con gozo, declararon que era un engaño. Aborrecieron a los que amaban su venida y los excluyeron de las iglesias. Los que rechazaron el primer mensaje no pudieron beneficiarse con el segundo; tampoco fueron beneficiados por el clamor de medianoche, que había de prepararlos para entrar por la fe con Jesús en el lugar santísimo del santuario celestial. Y al rechazar los dos mensajes anteriores, han entenebrecido tanto su entendimiento que no ven luz alguna en el tercer mensaje angélico, que muestra el camino hacia el lugar santísimo. Vi que, así como los judíos crucificaron a Jesús, así también las iglesias nominales habían crucificado estos mensajes, y por lo tanto no tienen conocimiento del camino hacia el lugar santísimo, y no pueden beneficiarse de la intercesión de Jesús allí. Al igual que los judíos, que ofrecían sus sacrificios inútiles, elevan sus oraciones inútiles al departamento que Jesús ha dejado; y Satanás, complacido con el engaño, asume un carácter religioso y conduce las mentes de estos cristianos profesos hacia sí mismo, obrando con su poder, sus señales y prodigios mentirosos, para atraparlos en su lazo.

El versículo catorce es un ay por devorar las casas de las viudas y por las largas oraciones. El ay del versículo quince es por hacer que sus conversos sean dos veces más hijos del infierno de lo que ellos eran. En los versículos dieciséis al veintidós, los impíos juran por el templo.

Estas no son palabras de la hermana White, sino palabras del Señor, y su mensajero me las ha dado para que se las dé a ustedes. Dios les llama a que ya no obren en oposición a Él. Se dio mucha instrucción respecto de hombres que pretenden ser cristianos mientras revelan los atributos de Satanás, contrarrestando en espíritu, palabra y acción el avance de la verdad, y sin duda siguiendo la senda por la que Satanás los conduce. En la dureza de su corazón se han arrogado autoridad que de ninguna manera les pertenece y que no deberían ejercer. Dice el gran Maestro: “Yo trastornaré, trastornaré, trastornaré”. Hay quienes dicen en Battle Creek: “El templo del Señor, el templo del Señor somos”, pero están usando fuego común. Sus corazones no están ablandados ni subyugados por la gracia de Dios. Manuscript Releases, volumen 13, 222.

En los versículos veintitrés y veinticuatro, el ay es por descuidar la justicia, la misericordia y la fidelidad. Los versículos veinticinco y veintiséis tratan sobre la pretensión de limpiar el exterior de la copa, pero no el interior.

'Tenemos este tesoro', continuó el apóstol, 'en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros'. Dios podría haber proclamado Su verdad por medio de ángeles sin pecado, pero este no es Su plan. Él escoge a seres humanos, hombres sujetos a debilidad, como instrumentos en el cumplimiento de Sus designios. El tesoro de valor incalculable se deposita en vasos de barro. Por medio de los hombres, Sus bendiciones han de ser transmitidas al mundo. Por medio de ellos, Su gloria ha de resplandecer en las tinieblas del pecado. Hechos de los Apóstoles, 330.

Entonces, los versículos veintisiete y veintiocho identifican a los malvados como sepulcros blanqueados, lo que conecta con Sebna de Isaías capítulo veintidós, donde Sebna se jactaba del maravilloso sepulcro que estaba construyendo, pero en el que nunca estaría, porque Dios estaba por

arrojarlo de su boca a un campo lejano. El campo lejano está representado por la tumba del profeta mentiroso de Betel que condujo al profeta desobediente a ser sepultado en la misma tumba. Entonces el octavo ay dice:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis las tumbas de los profetas y adornáis los sepulcros de los justos, y decís: Si hubiéramos estado en los días de nuestros padres, no habríamos sido partícipes con ellos en la sangre de los profetas. De modo que dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres.

¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?

Por tanto, he aquí, yo os envío profetas, sabios y escribas; a algunos de ellos los mataréis y crucificaréis, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que sobre vosotros venga toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar.

De cierto os digo: todas estas cosas vendrán sobre esta generación. Mateo 23:29-36.

Las serpientes, que son la generación de víboras, están siendo juzgadas en el pasaje. En el pasaje, el juicio no se basa en los testimonios de la reina de Saba y de Nínive, sino en la sangre de Abel hasta Zacarías. La cuarta generación, que son víboras, es juzgada por dos testigos de la historia externa del antiguo Israel y dos testigos de la historia interna del antiguo Israel. Lucas capítulo tres es la última de las cuatro referencias a las víboras de la cuarta y última generación, y es simplemente un paralelo a Mateo capítulo tres. Son cuatro referencias que señalan que durante el juicio final de la casa de Dios, durante la cuarta generación, una clase manifestará su carácter como hijos e hijas de Satanás, y la otra clase como hijos e hijas de Dios. El proceso de prueba que inicia la separación comienza cuando el mensajero que prepara el camino para el Mensajero del Pacto alza su voz en el desierto.

En el tejido sagrado de la Escritura, los nombres no son meras etiquetas sino profecías susurradas—segundas canciones entonadas bajo la superficie de la historia, que revelan el corazón de la redención. Cuando los significados de los descendientes desde Adam hasta Noah se organizan en una declaración, se produce un mensaje que corresponde a la historia representada por la genealogía. Adam significa "hombre", y Seth significa "designado". Enosh significa "mortal" (sujeto a la muerte), y Kenan significa "dolor". Por medio de "la alabanza/bendición de Dios" (Mahalalel), el cielo "descendería" (Jared). El cielo descendió como el "dedicado o ungido" (Enoch), quien proclamó el mensaje del juicio por medio de su hijo Methuselah ("cuando muera, será enviado"). Su muerte sería el clímax de un derramamiento "poderoso" del Espíritu Santo, representado por Lamech (aliento) uniéndose a Methuselah, así como el Clamor de Medianoche se unió al segundo ángel. Methuselah fue el segundo ángel y Lamech el Clamor de Medianoche que culminó en el diluvio de Noah.

Sintetizado aún más, los nombres declaran: "El hombre fue destinado a ser mortal, sujeto al dolor y a la muerte, como consecuencia del primer Adán; pero mediante la bendición de Dios, Cristo se

consagró a descender, proclamando juicio a través de su muerte en la cruz, lo cual fue seguido por el poderoso derramamiento del Espíritu Santo".

Estos diez nombres resumen el mensaje del evangelio mientras trazan la historia de la tierra desde la creación hasta la lluvia tardía, culminando en la Segunda Venida. Este simbolismo, oculto en los nombres, encuentra su contraparte en Apocalipsis. Génesis presenta la genealogía alfa, y los 144.000 de Apocalipsis 7 presentan el cumplimiento omega en el remanente sellado.

Judá significa "alabanza", Rubén significa "he aquí, un hijo", Gad significa "buena fortuna/tropa", Aser significa "feliz/bendito", y Neftalí significa "lucha". Manasés significa "que hace olvidar", Simeón significa "oído", Leví significa "unido/ligado", Isacar significa "recompensa", Zabulón significa "honor/morada", José significa "aumento", y Benjamín significa "hijo de la mano derecha".

Quienes siguen al León de la tribu de Judá son hijos de Dios, bienaventurados mientras atraviesan un proceso de prueba, luchando con Dios como lo hizo Jacob. Mediante esta lucha, sus pecados quedan olvidados en el proceso de santificación producido por oír la Palabra de Dios, lo cual, a su vez, los une a Cristo en una relación de pacto. Su recompensa es habitar con honra junto a Cristo en su trono, sentados en los lugares celestiales, mientras Dios los usa para extender su reino, llamando a la gran multitud a salir de Babilonia como hijos de su diestra.

Los seis hijos de Lea fueron Rubén, Judá, Simeón, Leví, Isacar y Zabulón. Su sierva Zilpa, cuyo nombre significa "una gota fragante", tuvo dos hijos: Gad y Aser. Los dos hijos de Raquel fueron José y Benjamín. El nombre de la sierva de Raquel, Bilha, significa "tímida o vergonzosa", y sus hijos fueron Dan y Neftalí. Proféticamente, la genealogía aquí ofrece varias líneas a considerar. A diferencia del alfa y de las diez generaciones en el capítulo cinco de Génesis, el omega tiene doce descendientes, con sus propias variables proféticas específicas. En los ciento cuarenta y cuatro mil, no se menciona a Dan y Manasés reemplazó a su hermano Efraín.

La genealogía alfa de Génesis se alinea con la genealogía omega de Apocalipsis, porque Génesis identifica la obra divina de Cristo en la salvación, y Apocalipsis identifica a quienes, en el cumplimiento omega de aquella profecía alfa, cumplen perfectamente la misma promesa y profecía establecidas en la profecía alfa.

La aplicación de estas dos líneas la hacen a menudo los teólogos, pero nunca con la perspectiva de la metodología de línea sobre línea. Las dos genealogías en Génesis y Apocalipsis proporcionan dos testigos de que Dios habla en un nivel secundario. Un lenguaje es el testimonio escrito tal como está registrado, y una línea secundaria dentro de ese testimonio se expone a un nivel simbólico. Los teólogos típicamente no van más allá de las observaciones superficiales sobre el mensaje transmitido a través de los significados de los nombres en Génesis y Apocalipsis. Tratan lo que ven como una novedad que habla más de su propia sabiduría humana, como lo evidencia su santurrón capacidad de ver la metáfora dentro de los significados de los nombres. Nunca ven el mensaje expuesto en los doce hijos de Ismael. No ven correctamente las genealogías de Jesús en Mateo y Lucas. No ven las genealogías de los últimos siete reyes de Judá, y los últimos siete reyes de Israel, los primeros siete reyes de Judá o los primeros siete reyes de Israel.

Cuando digo que no ven, quiero decir que, si le preguntas a Google si hay enseñanzas sobre estas genealogías, la respuesta es “sí”: desde Adán hasta Noé en Génesis, y “sí” respecto de los ciento cuarenta y cuatro mil. Pero, ¿abordan de esta manera los diez descendientes de Abram en Génesis 11? No. ¿Abordan la genealogía de Caín y la de Set? Sí, pero tan alejados del sentido real que es como si estuvieran tratando otro tema. Sin duda tratan las genealogías de Cristo en Mateo y Lucas, pero, una vez más, no dan en el blanco ni de lejos. ¿Por qué importa eso, te preguntas? Porque tengo la intención de ofrecer un panorama general de estas líneas genealógicas proféticas, y quiero dejar claro desde el principio que estoy tratando de identificar el significado de la cuarta generación como símbolo de la profecía bíblica. El panorama general de estas genealogías ayudará en ese sentido, pero sería negligencia por parte de cualquiera pensar que el simple resumen de las cosas que seguirán es todo lo que hay que entender sobre estas líneas genealógicas.

Después de la genealogía de Adán a Noé, encontramos dos líneas genealógicas en los capítulos cuatro y cinco de Génesis. Esas dos líneas están representadas por los descendientes de Caín y los descendientes de Set. A diferencia de la genealogía de Adán a Noé, que enumera diez descendientes, las líneas de Set y de Caín identifican cada una ocho descendientes. Por esta razón, han de tratarse como dos períodos de cuatro. Set y Caín son símbolos de pacto, y Caín representa a aquellos que, en Isaías veintiocho y veintinueve, hacen un pacto de muerte, que será anulado en el azote desbordante. Ellos son los que edifican sus casas sobre la arena. Los que edifican sobre la Roca hacen un pacto de vida, como se representa en Primera de Pedro, capítulo dos, como aquellos que han gustado que el Señor es bueno y son la "generación escogida". Los "muchos" edifican sobre la arena, pero "pocos" son escogidos.

La genealogía de Caín es un acorde rebelde en la sinfonía de los nombres, pues los nombres representan una gloria humana vana que, tras ser castigada por el cielo, lleva a errar sin rumbo. Desoyendo la advertencia, la estirpe de Caín profesa una falsa divinidad, envuelta en un poder humano vengativo, representada por las artes de la humanidad, que forja una cultura de hierro; bella, pero violenta y estéril de esperanza. Esa última afirmación es una síntesis del mensaje en las ocho generaciones de Caín que se desprende de los nombres.

El linaje de Set responde al linaje de Caín con gracia. En la fragilidad que ha sido asignada al género humano, los que invocan a Dios verán su dolor convertido en alabanza cuando el cielo descienda. Caminando fielmente por la senda que asciende hacia la gloria, durante un período de prueba, hasta que el clamor de “esperanza” traiga descanso, por medio de aguas de liberación. Esa última afirmación es un resumen del mensaje en las ocho generaciones de Set que se deriva de los nombres.

La razón para dividir las ocho generaciones en dos grupos de cuatro generaciones se establece en el primer paso del pacto, cuando la profecía del cautiverio en Egipto se identifica como de 400 años y también que los 400 años terminarían en la cuarta generación. Cuando el testimonio de Pablo se incorpora a la profecía del pacto alfa, produce dos períodos de 215 años que estaban compuestos por cuatro generaciones en cada período. Las ocho generaciones, en los 430 años, representan dos períodos de 215 años. El primer período está representado por el buen faraón que conoció a José. Doscientos quince años después, hubo un nuevo faraón que no conocía a José. Entonces comenzó

el siguiente conjunto de cuatro generaciones.

El esquema de ocho generaciones, dividido por igual en dos períodos, cada uno claramente definido como un período propio de cuatro generaciones, respalda la aplicación de las ocho generaciones de Caín y de Set de la misma manera. Cuando se hace esa aplicación, las ocho generaciones de Set quedan alineadas con las ocho generaciones de Caín. Caín representa a los muchos que reciben la marca de la bestia, y Set representa a los pocos que reciben el sello de Dios. Caín es el signo de la humanidad, y Set es el signo de la humanidad combinada con la Divinidad en el contexto del pacto de Noé, mientras que el linaje de José y Moisés está en el contexto del pacto de Abram.

Luego, en el capítulo once, la genealogía del pueblo escogido queda representada por diez nombres desde Sem hasta Abram. El capítulo once es la historia de la torre de Babel, pero también la genealogía del pueblo escogido, tal como la representa Abraham. El capítulo once introduce a un pueblo escogido que habría de entrar en un pacto triple con Dios. El tercer y último paso fue el sacrificio de Isaac en el capítulo veintidós. El capítulo "once" es el principio alfa y el capítulo "veintidós" es el final omega. La fe necesaria para oír la voz de Dios en el significado de los nombres no es diferente de la fe necesaria para oír Su voz en la numeración de Su Palabra. Una aplicación de una genealogía que no es abordada por los teólogos es la genealogía de Ismael, el símbolo del Islam.

Y estos son los nombres de los hijos de Ismael, por sus nombres, según sus generaciones: el primogénito de Ismael, Nebaiot; y Cedar, y Adbeel, y Mibsam; y Misma, y Duma, y Masa; Hadar, y Tema, Jetur, Nafis y Cedema. Estos son los hijos de Ismael, y estos son sus nombres, por sus pueblos y por sus campamentos; doce príncipes según sus naciones. Génesis 25:13-16.

Cuando las definiciones de estos doce nombres se exponen en una declaración, se lee así: "Proféticamente, los descendientes de Ismael son un pueblo fecundo de piel oscura, conocido como guerreros, pero afligidos histórica y proféticamente el 11 de agosto de 1840 y, posteriormente, el 11 de septiembre de 2001. En la historia bíblica se los llama los hijos del oriente. Se originaron en Arabia, donde se cultivan las fragantes especias empleadas en los servicios del santuario hebreo. La palabra "asesinos" se deriva de la historia islámica y representa la muerte que se produce en silencio. En la época de las Cruzadas, el islam envolvió, cercó y asedió a la Europa católica, pero su posterior restricción marcó la llegada del refrigerio de 1840 a 1844, y también desde el 11 de septiembre hasta la crisis de la ley dominical. Las definiciones de los doce nombres de los hijos de Ismael están todas representadas en la declaración anterior por el texto en **negrita**."

Los doce nombres del linaje de Ismael suman trece, si incluye a Ismael en la lista. Trece es el número simbólico de "rebelión", que fue lo que hizo Agar, y eso llevó a que Abraham permitiera que Agar e Ismael fueran expulsados. Pablo usa ese incidente para describir la expulsión del antiguo Israel como el pueblo del pacto de Dios, al mismo tiempo que Él establecía un pacto con Su esposa cristiana.

Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría;

pues estas mujeres son dos pactos: uno del monte Sinaí, que engendra para esclavitud, éste es Agar. Porque este Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre; la cual es madre de todos nosotros. Porque está escrito: Alégrate, oh estéril, tú que no das a luz; prorrumpes y clamas, tú que no estás de parto; porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Gálatas 4:22-31.

Ismael es un símbolo del islam, y Agar, la madre de Ismael, es el símbolo de la iglesia del pacto de la muerte. Isaac es un símbolo del cristianismo, y Sara es el símbolo de la iglesia del pacto de la vida. Por esta razón, Ismael tuvo doce hijos, pues el número doce es un símbolo del pueblo del pacto de Dios, y el islam es una falsificación del pueblo del pacto de Dios.

Hay dos genealogías de Cristo en los evangelios. Una en Mateo y otra en Lucas.

Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones. El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada su madre María con José, antes que se juntasen, se halló encinta del Espíritu Santo. Mateo 1:16-18.

La genealogía de Mateo identifica tres períodos iguales de catorce que constituyen un período de cuarenta y dos. Cristo es la omega de la historia del pacto en relación con Moisés como el alfa de la historia del pacto. Moisés profetiza que Cristo sería “semejante a sí mismo”. Moisés tuvo tres períodos de cuarenta años en su vida de ciento veinte años. Cada período de cuarenta años de la vida de Moisés, cuando se coloca línea sobre línea, concluye en Kadesh, un símbolo de 1863 y la ley dominical. Los tres períodos de Cristo culminan respectivamente en David, en el cautiverio en Babilonia y en la confirmación del pacto por Cristo con su sangre en la cruz. David representa la exaltación de la iglesia triunfante en la ley dominical, y la segunda línea identifica a las vírgenes insensatas siendo llevadas a Babilonia, en la ley dominical. El tercer período termina en la cruz, que, una vez más, tipifica la ley dominical, donde Cristo confirma el pacto de Abraham con los ciento cuarenta y cuatro mil y el pacto de Noé con la gran multitud.

Lo que se puede entender al superponer estas dos líneas es asombroso. Los ciento veinte años de Moisés se conectan con los 120 años de Noé, y las cuarenta y dos generaciones de Cristo se conectan con el anticristo reinando durante cuarenta y dos meses simbólicos en la ley dominical.

Y dijo el Señor: Mi espíritu no contendrá para siempre con el hombre, porque él también es carne; pero sus días serán ciento veinte años. Génesis 6:3.

Junto con la genealogía de Mateo, que enfatiza el pacto de Abraham, la genealogía de Cristo, tal como la presenta Lucas, llega hasta la creación, subrayando así el pacto de vida que Adán

quebrantó en el Edén. La genealogía de Lucas comienza con Jesús y retrocede a través de su linaje hasta Adán, quien es identificado como hijo de Dios. El linaje termina con el perfecto segundo Adán y comienza con el perfecto primer Adán. Desde el primer Adán hasta el segundo Adán se cuentan 77 generaciones.

Las genealogías de la Escritura representan líneas de la verdad. Acabamos de identificar varias que superan con creces el número de testigos necesarios para establecer una verdad. Las líneas genealógicas contienen la voz de los cumplimientos históricos y de las predicciones futuras, y contienen la voz de Palmoni, el Maravilloso Enumerador de secretos, ya que los enigmas numéricos que fueron colocados dentro de las líneas aportan una segunda voz. Esas dos voces se oyen junto con otra tercera voz, la voz del Maravilloso Lingüista, quien creó y controla todas las cosas, incluidos los nombres de personas, lugares y cosas.

Cuando Juan se volvió para ver la voz que estaba detrás de él, era como la voz de muchas aguas, y cuando Daniel tuvo la misma visión, Su voz fue la voz de una multitud. El mensaje superficial de las Escrituras, así como los nombres que se encuentran en el mensaje, y también la numeración dentro del mensaje, son tres voces en un solo pasaje. Cuando tomas una línea con las tres voces y la superpones sobre una línea paralela, tres voces se convierten en muchas voces.

Y del trono salió una voz, que decía: Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, y los que le teméis, tanto pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran multitud, y como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de poderosos truenos, que decía: ¡Aleluya! Porque el Señor Dios omnipotente reina. Apocalipsis 19:5, 6.

Algunas de las genealogías más significativas se encuentran en los reyes de Israel. Los primeros siete reyes de Israel, el reino del norte, culminan con Acab, Jezabel y Elías, representando así la ley dominical. La línea de los últimos siete reyes de las tribus del norte comienza en la ley dominical y termina en el cierre de la gracia para la humanidad, cuando Miguel se levanta en Daniel 12. Los primeros siete reyes de Judá ilustran la historia desde la ley dominical hasta que Miguel se levanta, y los últimos siete reyes identifican la historia que conduce a la ley dominical. Dos líneas genealógicas, ambas con una historia alfa y una historia omega. La historia alfa es el período desde el 11 de septiembre hasta la ley dominical, y el período omega es desde la ley dominical hasta el cierre de la gracia. Los primeros siete reyes de Israel se alinean con los últimos siete reyes de Judá; y los últimos siete reyes de Israel se alinean con los primeros siete reyes de Judá.

Continuaremos en el próximo artículo.

Mantente firme hasta el fin

[Apocalipsis 1:1, 2, citados.] Toda la Biblia es una revelación; porque toda revelación a la humanidad viene por medio de Cristo, y todo se centra en él. Dios nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien pertenecemos por creación y por redención. Cristo vino a Juan, desterrado en la isla de Patmos, para darle la verdad para estos últimos días, para mostrarle lo que debe suceder pronto. Jesucristo es el gran depositario de la revelación divina. Es por medio de él que tenemos conocimiento de lo que hemos de esperar en las escenas finales de la historia de esta tierra. Dios dio esta revelación a Cristo, y Cristo la comunicó a Juan.

Juan, el discípulo amado, fue el elegido para recibir esta revelación. Fue el último sobreviviente entre los primeros discípulos escogidos. Bajo la dispensación del Nuevo Testamento fue honrado como lo fue el profeta Daniel bajo la dispensación del Antiguo Testamento.

La instrucción que debía comunicarse a Juan era tan importante que Cristo vino del cielo para dársela a Su siervo, diciéndole que la enviara a las iglesias. Esta instrucción debe ser objeto de nuestro estudio cuidadoso y en oración; porque vivimos en un tiempo en que hombres que no están bajo la enseñanza del Espíritu Santo introducirán teorías falsas. Estos hombres han estado en puestos elevados y tienen proyectos ambiciosos que llevar a cabo. Buscan exaltarse a sí mismos y revolucionar todo el orden de las cosas. Dios nos ha dado instrucciones especiales para guardarnos de tales personas. Mandó a Juan que escribiera en un libro lo que habría de ocurrir en las escenas finales de la historia de esta tierra.

Después de transcurrido el tiempo, Dios confió a sus fieles seguidores los preciosos principios de la verdad presente. Estos principios no fueron dados a quienes no habían tenido parte en la proclamación de los mensajes del primer y del segundo ángel. Fueron dados a los obreros que habían tenido parte en la causa desde el principio.

Los que pasaron por estas experiencias han de ser firmes como una roca en los principios que nos han hecho Adventistas del Séptimo Día. Han de ser obreros juntamente con Dios, atando el testimonio y sellando la ley entre Sus discípulos. Los que tomaron parte en el establecimiento de nuestra obra sobre un fundamento de verdad bíblica, los que conocen los hitos que han señalado el camino recto, deben ser considerados obreros de altísimo valor. Pueden hablar por experiencia personal respecto a las verdades que se les han confiado. Estos hombres no deben permitir que su fe se convierta en incredulidad; no deben permitir que el estandarte del tercer ángel sea arrebatado de sus manos. Han de mantener firme hasta el fin el principio de su confianza.

El Señor ha declarado que la historia del pasado ha de ser repasada al emprender la obra final. Toda verdad que Él ha dado para estos últimos días debe ser proclamada al mundo. Cada pilar que Él ha establecido debe ser fortalecido. Ahora no podemos apartarnos del fundamento que Dios ha establecido. Ahora no podemos entrar en ninguna nueva organización; porque esto significaría apostasía de la verdad.

La obra médico-misionera necesita ser purificada y limpiada de todo aquello que debilitaría la fe de los creyentes en la experiencia pasada del pueblo de Dios. El Edén, hermoso Edén, fue degradado por la entrada del pecado. Ahora es necesario repasar la experiencia de los hombres que desempeñaron un papel en el establecimiento de nuestra obra en sus comienzos.

De vez en cuando leemos los obituarios de los grandes hombres del mundo. Su hora llegó de repente, como en un instante. Muchos, que se suponía gozaban de buena salud, mueren después de un banquete, o después de trazar planes egoístas para su propia exaltación. Se pronuncia la palabra: «Está unido a sus ídolos; déjalo en paz». Esto significa que el Señor ya no lo protege del daño. Llega la muerte repentina, y ¿cuánto vale la obra de su vida? Su vida ha sido un fracaso. El árbol cae porque el poder que lo sostenía lo abandona a su sacrificio

idolátrico.

Hombres y mujeres están absortos en la búsqueda de algo para disfrutar. Venden sus almas por nada, y Dios retira su longanimidad. Se les deja a su elección.

"Hay quienes, aunque profesan creer en la verdad presente, han degradado su fe y se han negado a andar en la luz. ¿Quién dejará ahora a un lado sus principios egoístas y mundanos? ¿Quién se esforzará ahora por reconocer el valor del alma? ¿De qué le aprovechará al hombre ganar el mundo entero y perder su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? ¿Tienes hambre y sed del pan de vida y del agua de salvación? ¿Comprendes el valor de las almas por quienes Cristo murió? ¿Están viviendo conforme a su profesión de fe quienes se supone que son cristianos? ¿Son conscientes del valor del alma? ¿Se esfuerzan por purificar sus almas mediante la obediencia a la verdad?" Manuscript Releases, volumen 20, 150, 151.